

## **Socialización y formación política en la democracia española**

**M<sup>a</sup> Dolors Oller i Sala.** Profesora de ESADE Barcelona

La democracia no es algo natural, espontáneo o lógico. Es producto de la inteligencia y la voluntad a lo largo de la historia. Es una herencia fruto de una larga experiencia que debe ser asumida por las generaciones presentes para hacerla vida. Y es que la democracia sólo puede nacer del interior comprometido con el futuro de la comunidad. En otras palabras, para que la democracia arraigue y pueda profundizarse, hacen falta demócratas. Y eso no se improvisa: es fruto de un proceso de aprendizaje.

No basta, pues, con la existencia de instituciones democráticas. La democracia necesita apoyarse en ciudadanos que hagan suyos los valores democráticos, que se comprometan en hacerlos realidad. Una sociedad que se precie de organizarse en un sistema de gobierno democrático necesita que aquellos que ejerzan el poder tengan interlocutores capaces de discutir, interpelar críticamente, crear consensos, articular propuestas, refundar día a día el vínculo social.

## I. EL MARCO DE REFERENCIA: LA CRISIS DEL SUJETO POLÍTICO Y LA DESIMPLICACIÓN PÚBLICA

### 1. *Un malestar atraviesa las democracias*

Por paradójico que parezca, el triunfo de la democracia y su expansión por el mundo, tras la caída del Muro de Berlín (1989), llega en unos momentos de franca crisis del modelo de *democracia representativa* y ello incluso en los países donde dicho modelo nació. La crítica a sus insuficiencias es habitual y la desmotivación en la participación política llega a ser cada vez más un enemigo interno del propio sistema democrático. En otras palabras, estamos asistiendo a una verdadera crisis de observancia de la democracia, puesto que la participación es su esencia. Por eso no es de extrañar que uno de los temas recurrentes en estos primeros años del s. XX –también lo fue en los últimos del pasado siglo– sea la preocupación por la calidad de la vida democrática y por los problemas que están presentes en todas las sociedades democráticas, incluso, y muy especialmente, en las que tienen una larga tradición en este campo.

Se extiende por doquier la percepción de que el sistema democrático, tal como lo hemos concebido, no es capaz de satisfacer las necesidades de unas sociedades cada vez más complejas. El modelo de democracia representativa se nos está quedando pequeño, insuficiente. De hecho, la globalización ha hecho entrar en crisis el modelo democrático heredado de la filosofía de la Ilustración al propiciar la *crisis de la política*, es decir, del sistema de representación ciudadana sobre el cual se basa la democracia moderna: al difuminarse las fronteras territoriales, queda afectado el modelo de democracia representativa, pensado para un momento en que los límites territoriales estaban muy claros. En realidad la crisis de la democracia corre paralela a la *crisis del Estado-nación tradicional*.

Las instituciones políticas se muestran incapaces de solucionar convenientemente los problemas colectivos y de responder con eficacia ante los nuevos retos de un mundo globalizado. Los canales convencionales de participación dan muestras de evidentes limitaciones a la hora de ser canal de comunicación de las demandas y de los intereses de ciudadanos y grupos. Junto a ello, el funcionamiento de los sistemas políticos aparece cada vez más prisionero de los intereses y estrategias de las grandes corporaciones económicas, las élites financieras y las instituciones internacionales al servicio del capital global. Y uno de los signos más evidentes del malestar reinante es la distancia cada vez mayor entre los ciudadanos, las instituciones democráticas y los responsables de las mismas.

Un cierto malestar se ha asentado en la ciudadanía. Se trata de una actitud general, difícil de definir, que ha encontrado entre nosotros su mejor expresión en el término *desafección política*<sup>1</sup>, con sus componentes de desinterés, ineficacia, disconformidad, cinismo, desconfianza, distanciamiento, separación, impotencia, frustración, hostilidad, rechazo, alienación... en definitiva, degradación del conjunto de actitudes básicas del ciudadano hacia el sistema político. No se trata tanto de que los grandes principios de la democracia no encuentren apoyo entre la población: la democracia aparece como único sistema legítimo en las sociedades actuales, aunque sus resultados se alejen mucho del ideal normativo.

## 2. *Un diagnóstico*

Las sociedades avanzadas viven novedosos procesos de transformación que afectan a todos los ámbitos de la realidad, también por supuesto a la política. Todas estas transformaciones han hecho entrar en crisis al sujeto político y la propia política ha perdido centralidad en la vida social. La crisis a la que asistimos tiene, entre otras, tres vertientes muy claras. Se trata de:

### *a) Una crisis de legitimación*

El modelo de *democracia representativa* se nos muestra cada vez menos idóneo para reflejar la pluralidad y expresar los diversos matices de la sociedad, así como para hacer frente a los retos que tenemos planteados. Ello se traduce en un malestar y en una progresiva deslegitimación del sistema democrático, cuestión altamente preocupante pues puede ser terreno abonado para ciertas veleidades populistas que nada tienen que ver con una verdadera democracia.

### *b) Una crisis que tiene que ver con la cultura (valores), pero también con el sistema económico y su lógica*

Hoy vivimos la crisis profunda de ciertos valores relacionados con la *sociabilidad*. Además, no podemos perder de vista que nuestra época es la de la llamada *postmodernidad*, en la que desaparecen los referentes objetivos y se vive la caída de las ideologías y de las utopías. Pero no es menos cierto que esta situación de crisis en los valores guarda también una

1 MONTERO, J.- GUNTHER, R.- TORCAL, M: *Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección*, REIS, 83 (1998), p. 25.

estrecha relación con el sistema económico y su lógica, que lo invade todo, y que a su vez genera unos valores que potencian el *individualismo posesivo*, elemento constitutivo que está en la raíz de la propia tradición liberal. Además, la cultura del *consumismo masivo* en la que vivimos aliena al ser humano y lo sume en el acriticismo y en el economicismo. Las empresas utilizan técnicas comerciales variadas tendentes más a seducir al consumidor, sumido en un pensamiento débil y presa fácil de la propaganda, que a informar realmente sobre el producto. La lógica del mercado lo invade todo, incluso las relaciones interpersonales. Y el individualismo posesivo no hace sino “cosificar” la realidad: todo tiene un precio en una sociedad convertida en un gran mercado<sup>2</sup>.

### c) *Una crisis que tiene que ver con la ética y su retroceso en el ámbito público*

Hay que partir de la base de que *hablar de política es hablar de ética*. No puede darse la una sin la otra, pues están íntimamente relacionadas; se implican mutuamente. Por ser realidad humana, la política tiene una especial densidad de contenido: no pertenece exclusivamente al reino de los medios; se introduce en la región de los fines, siendo, en definitiva, acción humana responsable. Y ello con independencia de reconocer la autonomía del comportamiento y el saber políticos, que en ningún caso supone negar su relación con la ética. Es ahí, por otra parte, donde la política entra en relación con el *bien común*, es decir, con el bien de la comunidad, puesto que es el bien de las personas en cuanto éstas están abiertas entre sí y colaboran en la realización de un proyecto que beneficie a todos, sin exclusión.

Pues bien, hoy vivimos el *exilio de lo público hacia lo privado* y, en consecuencia, un gran *déficit de moral pública*, con el consiguiente pase a un segundo término del bien común. Y tal crisis de la moral pública afecta tanto a los gobernantes como a los gobernados. Baste recordar en relación a los primeros los innumerables casos de corrupción. En cuanto a los gobernados hay que constatar que asistimos a la sustitución del ciudadano exigente y crítico por el consumidor insatisfecho, cosa que ha cegado en gran medida la fuente generadora de los recursos morales que toda sociedad necesita para poder subsistir democráticamente. El *individualismo*

<sup>2</sup> Véase, en este sentido, MARIÀ SERRANO, Josep F., *La globalización*, Cuadernos Cristianismo i Justícia, nº 103, Barcelona 2000, donde se habla del acto del consumo como acto que da sentido e identidad al individuo inmerso en una crisis de ideales.

*consumista* desconecta a la ciudadanía de la red pública y, en la medida en que se hace más hedonista y *autorreferencial*, la aleja cada vez más de cualquier proyecto liberador y emancipador. La era de las redes muestra su incapacidad para expresar la voluntad común. Estamos ante sociedades que gestionan situaciones en vez de trascender intereses; sociedades que dejan de organizarse alrededor de principios.

### 3. Ciudadano y política: una nueva relación

La mayor parte de investigaciones y estudios en materia de opinión pública y comportamiento político en las sociedades avanzadas coinciden en señalar una serie de fenómenos y de cambios de valores que resitúan al ciudadano de las sociedades avanzadas ante la política y lo político.

#### a) El proceso de individualización y las "instituciones concha"

La globalización trae consigo la *desincrustación* de los individuos de las instituciones tradicionales (familia, trabajo, iglesia, escuela...) y de los marcos de referencia que éstas proporcionaban<sup>3</sup>. Este proceso provoca, a su vez, una grave crisis en las relaciones entre los ámbitos personal y social: la dificultad que el individuo tiene de vivir integradamente su pertenencia social. La necesidad compulsiva de vivir una vida propia y la posibilidad de hacerlo emergen cuando una sociedad está altamente diferenciada. Pero en la medida en que esa sociedad se divide en esferas funcionales separadas, los individuos se integran en la sociedad sólo parcialmente (como contribuyentes, votantes, consumidores, productores, padres, etcétera). Y al cambiar constantemente entre lógicas de acción diferentes, e incluso incompatibles (al menos en parte), no se viven como personas integradas por la sociedad de forma completa ni ésta permite que se integren.

De esta suerte, las biografías, se vuelven electivas: la vida de uno está condenada siempre a la actividad y redefinición constante. Se pierden las certidumbres –la individualización supone la desintegración de las certezas de la sociedad industrial– y la lucha diaria por tener una vida propia en un mundo que cada vez se nos escapa más de nuestras manos, nos hace entrar en un riesgo y una inseguridad incalculables, que se convierten en miedo al fracaso personal, que ya no se percibe como una experiencia de clase. La atomización se ha producido y con ella la dificultad para la lucha y la transforma-

3 BECK, U. y GERNSEIM, E., *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona 2002, pp. 69-80.

ción social. Esta individualización o nuevo individualismo tiene que ver con la pérdida de importancia de la tradición y las costumbres en nuestras vidas.

En vez de modelos de comportamiento definidos desde fuera, el individuo de esta nueva modernidad tiene que estar tomando constantemente decisiones sobre su vida. Ahora bien, la individualización no está basada en la libre elección, como parecería a simple vista. Estamos “condenados” a ella. Nos vemos obligados a decidir entre las opciones socialmente posibles en cada momento, sin que las formas tradicionales de vida proporcionen un modelo único y predecible de comportamiento. Debemos así construir nuestra vida de forma más activa, sin que ello implique necesariamente un individualismo egoísta ni excluye la aparición de nuevas formas de solidaridad basadas en mecanismos de confianza. Individualización significa también interdependencias, incluso globales. Individualización y globalización son las dos caras de una misma moneda<sup>4</sup>.

Dondequiera que miremos nos encontramos con instituciones que vistas desde el exterior parecen las mismas de siempre, pero que en realidad son muy distintas, pues aunque la concha exterior permanezca, por dentro han cambiado. Son las llamadas por Giddens *instituciones concha*, que se han vuelto inadecuadas para las tareas que están llamadas a cumplir<sup>5</sup>. Recordemos que las instituciones tradicionales eran ámbitos de significación porque dotaban de sentido y ayudaban a construir identidad; socializaban y lo hacían también en los valores. Y en un momento como el presente de individualización, que significa desintegración de formas sociales anteriormente existentes, como por ejemplo, la creciente fragilidad de las categorías de clase y estatus social, los roles de género, la familia, la vecindad, etcétera, es comprensible la sensación de angustia y vacío que algunos experimentan ante esa exigencia de ser autores de su propia vida y creadores de una identidad individual, cuando se han perdido o desdibujado los referentes.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que los individuos continúan necesitando lazos y a pesar de la “liberación” simbólica de las estructuras de sentido socialmente dadas, continúan buscando un sentido propio individual, y no pueden totalmente sustraerse a la necesaria interacción con ámbitos de significación, tradicionales y modernos. De ahí que tales ámbi-

## Condenados en la nueva modernidad a ser autores de la propia vida

4 BECK, U.- GIDDENS, A.- LASH, S., *La Modernidad reflexiva*, Alianza Editorial, Madrid 1997, pp.28 ss.

5 GIDDENS, Anthony, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid 2000, pp. 30-31.

tos no hayan dejado de socializar en ningún momento: continúan transmitiendo valores, aunque transformados, que a su vez entran en interacción con valores nuevos generados desde otros mecanismos de socialización. Hay que ser conscientes de ello.

### *b) La desintermediación política del estado*

No podemos dejar de hacer, aunque sea mínima, una alusión a cómo el proceso de globalización ha hecho entrar en crisis el modelo estatal tal como lo hemos concebido hasta hoy y a ver cómo ello tiene importantes consecuencias para la política. En este proceso, el estado entra cada vez más en competencia con otros actores y, siempre en constante adaptación y redefinición de sus competencias, pasa a legitimarse por los servicios prestados. Esta visión utilitarista banaliza el estado, símbolo máximo del poder político moderno, que queda expuesto a comparaciones en las cuales tiene las de perder.

Así, el estado ya no es el mediador obligado entre el interés general y los intereses particulares, sino un conjunto de instancias especializadas. Se ha transformado en gestor de una serie de intereses públicos más que del *interés general* y con ello se ha trivializado. Su legitimidad pasa a depender menos de la fidelidad a la voluntad general que de su capacidad de gestionar con eficiencia, cosa que sustituye la búsqueda de principios unificadores. Entran así en juego lógicas funcionales: los ciudadanos son ahora en primer lugar consumidores dentro de un mercado en el cual el estado, como hemos visto, es un prestador de servicios. Por ello nuestras democracias son débiles, instaladas en la cultura de la satisfacción, y el ciudadano se sitúa ante ellas, en general, como un mero *cliente pasivo* sin implicarse activa y participativamente en la vida democrática y en su construcción.

Pero no pensemos que esta *desintermediación* política devuelve, sin más, el poder a los ciudadanos, porque de hecho no es creadora de comunidad política. Al contrario, lo que hace es fortalecer la influencia de los gobernantes sobre la ciudadanía a causa, precisamente, de la falta de una verdadera comunidad política y de convicciones y valores compartidos, sin los cuales el propio mercado, no lo olvidemos, pierde también su racionalidad. Por eso, en gran parte nos estamos encontrando con que el retorno de la sociedad civil no es otra cosa que una vía libre a la gran empresa y a la lógica economicista que la guía.

c) *El surgimiento de un nuevo tipo de actor político, el "ciudadano reflexivo"*

Si, como hemos visto, los acelerados procesos de transformación tecnológica producen procesos de desagregación social, puesto que las instituciones sociales que en el pasado vertebraban la vida social y política (familia, trabajo, clase social, comunidad religiosa, etcétera) entran en crisis y se transforman, no logran sin embargo conseguir sustitutos funcionales coherentes. Y a ello no es ajeno el talante postmoderno de gran parte de nuestra ciudadanía, netamente desmovilizador que en nada ayuda a crear un sujeto implicado socialmente<sup>6</sup>. El proceso continuo de individualización favorece la atomización social: las personas buscan la percepción y la comprensión de lo que es propio en detrimento de la implicación con lo lejano. El creciente distanciamiento entre la sociedad política y la sociedad civil pone en evidencia una gran dificultad de comunicación entre los diferentes subsistemas del conjunto social. Y si a ello unimos el arraigo ambiental de una forma de estar en el mundo, con un sujeto débil, desarraigado, *autocentrado* y hedonista, movido por el sentimiento y el *subjetivismo*, podremos entender algo más el retroceso de todo aquello que va más allá del interés personal o del propio grupo primario. Eclipsadas las cosmovisiones y, por tanto todo imperativo categórico, vivimos en la época del imperio de lo *light*, en el que todo se relativiza y donde hay una alergia a las exigencias radicales y al compromiso duradero.

Si tenemos en cuenta que la participación es una condición para la transformación social y una responsabilidad ciudadana que supone compromiso solidario e implicación social en el desarrollo colectivo y en un futuro y destino común, podremos concluir que una democracia con niveles de participación electoral bajos, fenómeno éste transversal a todas las democracias cercanas, es una democracia enferma, débil, de *baja intensidad*. Aunque las elecciones no son el único termómetro para medir el compromiso de los ciudadanos con su sociedad, qué duda cabe de que es un buen síntoma de cómo está su salud.

Sin embargo, pueden detectarse hoy otros medios para canalizar el deseo de implicación y participación en la vida pública. En realidad, nos encontramos ante una crisis de las formas más tradicionales de participación política, pero, al menos parcialmente, asistimos también a una transformación de las formas de participación: *nuevas prácticas participativas*

<sup>6</sup> Véase, entre otros, GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA, Luís, *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander 1992, pp. 155-178.

*están hoy construyendo ciudadanía.* Si estamos atentos podemos percibir cómo está emergiendo un nuevo tipo de actores políticos y hemos de saber valorarlo en su justo término.

Así, en esta segunda modernidad, está apareciendo una nueva dimensión de la política caracterizada por la *repolitización* de ámbitos hasta ahora excluidos del debate público. Y ello porque se han roto las barreras entre lo institucional y lo no institucional, abriéndose el escenario político a nuevos actores, tanto colectivos (movimientos sociales, grupos de ciudadanos, expertos...) como individuales<sup>7</sup>. De esta suerte, las grandes narrativas de la modernidad industrial dejan paso a planteamientos más individualizados y también ambivalentes sobre nuevas cuestiones que se suelen situar fuera de las áreas tradicionalmente asignadas a los temas políticos. Ello recibe el nombre de *subpolítica* y representa, en realidad, la extensión de la individualización al terreno de lo político.

**El ciudadano reflexivo participa en función de temas que le interesen**

Desde esta perspectiva, el “alejamiento de la política” puede ser visto como abandono de una forma institucional de hacer política que abre la puerta a una “nueva dimensión de lo político”, más ambivalente y contradictoria pero más cercana a los intereses del individuo reflexivo, donde se definen nuevos temas y nuevos grupos pueden llegar a tener voz. En la *subpolítica*, la lógica jerárquica de la política estatal deja paso a nuevos actores con nuevos comportamientos. Significa *configurar la sociedad desde abajo*, dando entrada a agentes externos al sistema político, individuales y colectivos (grupos ciudadanos, movimientos sociales, grupos de expertos, empresas, etcétera) para que participen en el diseño social.

Aparece así un nuevo tipo de actor político, el *ciudadano reflexivo*, que decide ser activo en el espacio público, aunque de manera diferente a cómo lo hacía el ciudadano comprometido ideológicamente, que actuaba a través de la política institucional. Este nuevo tipo de ciudadano no participa de manera constante y uniforme, sino que lo hace en función de los temas, cuando le interesa. Así, unas veces ejerce de ciudadano activo y en cambio otras se convierte en espectador atento de lo que ocurre en la esfera pública. Ello pone sobre la mesa la necesidad de repensar la ciudadanía desde otros parámetros, que desdibujen las barreras existentes entre ciudadanía ordinaria y ciudadanía política y adopten una perspectiva flexible

7 Esta es la visión de BECK, U., GIDDENS, A., LASH, S., *op cit.*

sobre las identidades cívicas porque “no hay una simple comunidad base para la ciudadanía política, sino muchas y cambiantes. Las lealtades cambiantes son la característica de la ciudadanía política en las sociedades complejas”<sup>8</sup>.

**La ciudadanía se vincula hoy más al ámbito de lo privado que a lo público**

En este contexto, hoy se está abriendo paso el discurso de la necesidad de recuperar los *deberes cívicos* ante tanta cultura sólo de reivindicación de derechos que está acelerando la crisis y legitimación del Estado actual. Podemos decir que hoy tiene cierta entidad una visión de la ciudadanía centrada en los deberes y obligaciones que deben ser asumidos por todos. Sin embargo, no nos dejemos engañar por las apariencias. Si a simple vista nos puede parecer un avance en la sensibilidad y la implicación social de los ciudadanos, lo cierto es que esta visión, en la mayor parte de los casos, está centrada en la esfera privada: los individuos se convierten en los responsables principales de su bienestar y del de su familia y deben tener un papel activo en su consecución, que es vista como puesta en práctica de sus deberes sociales.

A nuestro modo de ver, bueno es caer en la cuenta de que tal discurso es netamente conservador tal como está planteado, y quizás el ejemplo de la familia es el más ilustrativo de este cambio de paradigma: el lenguaje de los derechos sociales dentro del ámbito familiar se convierte en derecho de los padres a poder ejercer libremente y sin interferencias externas sus deberes y obligaciones de custodia, protección y educación de los hijos, sin que el estado se inmiscuya<sup>9</sup>. Por esta vía se afirma el individualismo, la recuperación de valores tradicionales y una visión muy conservadora de la vida social. Asimismo, se concibe el mercado como garante de la libertad y el bienestar y se defiende la sociedad civil como el lugar privilegiado de la implicación social, con lo cual se está transformando nuestra manera de ver y plantear la ciudadanía<sup>10</sup>.

Esta ciudadanía se vincula, pues, al ámbito de lo privado y no a la arena pública de la acción sociopolítica y no crea sentido de pertenencia a una

8 EDER, K., “Social Movement Organisations and the Democratic Order: Reorganizing the Social Basis of Political Citizenship in Complex Societies”, en CROUCH, C.; EDER, K.; TAMBANI, D. (ed.), *Citizenship, Markets and the State*, Oxford University Press, Oxford 2000, p. 234. Ver también, BECK, U., GIDDENS, A., LASH, S., *op cit.*, pp. 38-39.

9 El desasosiego creado entre nosotros a raíz de la introducción de la asignatura “educación para la ciudadanía” en ciertos sectores políticos y sociales tiene mucho que ver con eso.

10 ROCHE, M., *Rethinking citizenship, ideology and change in modern society*, Cambridge, Polito, Press, 1992, pp. 90-123. cit. por BENEDICTO, Jorge (UNED), MORAN, M<sup>a</sup> Luz (UCM), *La construcción de una ciudadanía active entre los jóvenes*, Madrid, Instituto de la Juventud, 2002.

comunidad ni, en definitiva, cohesión social. No ayuda a percibir el bien común como el bien de la comunidad, sin exclusiones, sino que se refuerza el individualismo de raíz liberal que partiendo del agregado de intereses privados pretende ilusoriamente llegar al bien del conjunto social.

Por eso es hoy tan importante analizar la lógica predominante de funcionamiento de la ciudadanía en nuestras sociedades. Y tener en cuenta que junto a las acciones individuales hay que incluir las movilizaciones de los grupos y organizaciones sociales, es decir, el conjunto de prácticas de ciudadanía que se desarrollan en la esfera pública y también los diseños institucionales que pretenden establecer una determinada relación entre pertenencias sociales, derechos y participación, el papel del Estado, etcétera.

#### *d) La incidencia de los medios de comunicación en la política*

Se ha llegado a decir que el enemigo más sutil de las democracias no es el poder económico como tal, sino el poder de los medios de comunicación. Y entre ellos destaca la TV, que manipula y ejerce un control sobre los ciudadanos, domesticándoles y socializándolos acríticamente para que legitimen el sistema, impidiendo la formación de una opinión pública adulta, pieza clave del sistema democrático. La democracia se ha convertido así en *mediocracia*<sup>17</sup>.

Los *medios de comunicación de masas* son los que más influyen en la conformación de la opinión pública y, a través de ésta, en las creencias y hábitos de los ciudadanos. Y en este sentido, es especialmente importante el tema de la propiedad de los medios de comunicación. Pone a prueba el régimen democrático, su propia existencia y su ser democráticos. Es a través de los medios cómo se extiende el "pensamiento único", verdadera ideología de la época postmoderna, que adormece a una ciudadanía ávida de consumo y evasión.

Las audiencias millonarias de TV han transformado la manera de movilizar a la ciudadanía para conseguir las pretensiones de los gobernantes, haciendo cambiar la relación entre el político y el destinatario de sus mensajes: los medios se han erigido en el espacio en el cual se forman las opiniones y se toman incluso las decisiones. *Hoy, el poder político se juega en*

17 DE MIGUEL, A., *Las transformaciones de la vida cotidiana en el umbral del siglo XXI*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 2002. Elzo habla de "familias nominales" para referirse a aquellas familias en las que sus miembros se dedican a coexistir pacíficamente más que a interrelacionarse, y la cataloga también como familia absentista: ELZO, J., *Los adolescentes y sus valores en la sociedad española actual*, Proyecto Hombre 25, 1996.

*los medios de comunicación.* Condicionan el consenso y las adhesiones y son, en realidad, *importantes centros de poder.* Y puesto que nuestras sociedades están cada vez más centradas en la producción, distribución y manipulación de símbolos, el nivel simbólico de la política es hoy más importante y decisivo que nunca y, por tanto, los mensajes han de generar símbolos capaces de recibir apoyos: *la política actual es comunicación simbólica, expresada conflictivamente en el espacio mediático.*

La política ha tenido que adaptarse, pues, al *lenguaje mediático*, que tiene tres reglas principales: 1) La simplificación del mensaje; 2) La personificación de la política; 3) El predominio de mensajes negativos, de desprestigio del adversario, cosa que conduce a la *política de la sospecha y del escándalo como arma fundamental del acceso al poder.* Por eso la escena política se ve a menudo dominada por acusaciones de corrupción, utilizada ésta como arma política por parte de los partidos, con el consecuente descrédito de la política, que pasa a ser identificada con la corrupción.

La TV favorece, voluntaria o involuntariamente, la *emotivización* de la política, es decir, una política reducida a episodios emocionales. La palabra produce siempre menos conmoción que la imagen. La cultura de la imagen, creada para la primacía de lo que es visible, rompe el delicado equilibrio entre pasión y racionalidad, dando primacía a la primera. Y la política *emotivizada* agrava los problemas sin proporcionar soluciones<sup>12</sup>.

*La lógica del medio televisivo empobrece el discurso político* y lleva a la escena pública a los *teleshábiles* y a los *teleféricos*. Asimismo, favorece a los candidatos adinerados y a los partidos poderosos, que pueden permitirse gastos electorales cuantiosos en base a anuncios publicitarios: el *marketing político* es esencial para llegar al pueblo. Esta necesidad de dinero es precisamente una de las fuentes de *corrupción* de los partidos.

En definitiva, las exigencias de los medios de comunicación obligan a los partidos a presentarse según modalidades sustancialmente deterioradas, e incluso espectaculares, en detrimento del contenido o trivializadas para captar audiencia de forma indiscriminada e incluso manipuladora. Además, la *rumorología* acaba sustituyendo a los hechos y la autoridad de la opinión publicada no sólo se impone a las demás autoridades, sino que además, su omnipotencia debilita el principal resorte de la democracia: el debate colectivo. Es fácil entonces deducir que *la política parece condenada a ser esclava de los medios de comunicación.* Surge así un nuevo tipo

<sup>12</sup> SARTORI, G., *Homo videns*, Taurus, Madrid, 1998. El autor explica en esta obra el empobrecimiento de las capacidades cognitivas del homo sapiens reducido a ubicarse en una realidad virtual.

*de hombre público*: inquieto ante el juez, angustiado ante los medios de comunicación y obsesionado por los *sondeos electorales*. Las cualidades de este nuevo político son la ductibilidad, la flexibilidad y la facilidad de palabra; ya no rigen los cánones clásicos del hombre de estado reflexivo, decidido, carismático. A ello hay que añadir que cuando las instituciones son débiles, la democracia de la opinión pública o *democracia demoscópica* potenciada por los medios es intrínsecamente inestable.

\* \* \*

Éste es el marco en el cual vamos a hablar de socialización y formación políticas en España, en el bien entendido que los valores y actitudes dominantes en la sociedad española actual, el individualismo y la competitividad, no favorecen la implicación social. Aunque hayan transcurrido más de 30 años de la transición a la democracia, aún la historia pasada condiciona la mentalidad de la población en relación con la participación y la asunción de la cultura democrática. Por todo ello podemos decir que nuestro sistema democrático adolece de una cultura de la participación que estimule a la población a ser parte activa en el desarrollo de la comunidad política. Se aprecia un déficit educativo “en” y “para” la participación, muy visible en las generaciones jóvenes sumidas en el consumismo y en valores que más que *postmaterialistas* en el sentido de Inglehart<sup>13</sup>, son algunos de ellos modernos –por ejemplo la importancia dada al dinero para consumir y la necesidad de vehicular la identidad a partir de las pertenencias materiales–, pero vividos en un contexto claramente postmoderno. Y el culto a la libertad actual es el culto fácil, no el que, como decía Sartre, comporta la asunción de la propia responsabilidad. Asimismo, se aprecia una tendencia a la pérdida de valores sociales y de compromiso en una parte cada vez mayor de los jóvenes y si tenemos en cuenta que la juventud actual es un reflejo de la sociedad adulta y sus valores, el panorama no es muy halagüeño.

### **La política ha tenido que adaptarse al lenguaje mediático de la Televisión**

Los valores hedonistas y de *culto al ego* cierran el paso a los *valores colectivos*, a los valores sociales: el compromiso y la solidaridad no esporádica, la abnegación, el esfuerzo, los fines colectivos, son valores a la baja, no tanto como *valores finales*, abstractos, cuanto como *valores instrumentales*, aquellos que denotan actitudes y que orientan conductas reales<sup>14</sup>.

13 INGLEHART, D., *The silent revolution: changing values and political styles among Western publics*, Princetown University Press, Princetown 1977.

14 Ver al respecto, Mellén, T., SÁEZ,LL., *Joves i valors. Què mou els nostres joves?* Fundació Carulla-ESADE, Barcelona 2007.

Por ello no es de extrañar la fragilidad del movimiento asociativo –que no consigue motivar suficientemente a la población–, en España en comparación con otras democracias de la modernidad avanzada. La participación en partidos, sindicatos o asociaciones para la defensa de causas sociales es muy baja y aunque, especialmente entre la población joven, hay una cierta participación en ONG's, especialmente en organizaciones de voluntariado y de cooperación con el Tercer Mundo, así como en determinados movimientos alternativos, como el colectivo *okupa* o los grupos *alterglobalizadores*, en términos generales, el asociacionismo en organizaciones de acción colectiva en defensa de causas sociales, está bajo mínimos<sup>15</sup>.

## II. LAS MEDIACIONES DE LO POLÍTICO HOY

Partimos de una concepción amplia, no restrictiva, de *lo político*, que entiende la participación en sentido amplio como base y pilar de la democracia. Asimismo, concebimos la implicación de los ciudadanos en el entorno político y social como una cuestión central en el funcionamiento de los sistemas democráticos. De ahí se infiere que los partidos políticos no deben ser considerados como instrumentos exclusivos de participación y de educación sociopolítica.

Hablar de *mediaciones de lo político* nos remite ineludiblemente al *proceso de socialización y al aprendizaje de comportamientos políticos*. Entendemos por socialización política aquel proceso mediante el cual los individuos adquieren orientaciones consistentes en cuanto a política general y en relación con los sistemas políticos en particular. Y ha de ser entendida como el desarrollo de un aprendizaje dinámico que no consiste tanto en la adquisición pasiva y acrítica de conocimientos, cuanto en la generación de un intercambio donde cada sujeto interactúa con su medio y con gentes de muy diverso tipo de los que recibe estímulos de resultado formativo.

Como hemos visto, los referentes conductuales, que en el pasado eran prácticamente únicos y homogéneos, se ven hoy suplantados por referentes de muy diverso tipo, por una pluralidad de imágenes de la sociedad, por una considerable variedad de estereotipos de conductas a elegir y una supuesta libertad extrema que invita a cada persona a organizar y decidir su presente y su futuro entre un amplísimo abanico de posibilidades vitales.

<sup>15</sup> “El país no tiene una concepción de lo que es público como un ámbito de responsabilidad colectiva, ni tampoco dispone de una presencia fuerte, estructurada y responsable de la que se ha llamado sociedad” (SUBIRATS, Joan, *¿Existe sociedad civil en España? Responsabilidades colectivas y valores públicos*, Fundación Encuentro, Madrid 1999, p. 19).

Podemos encontrar efectos socializadores en las instituciones más próximas al individuo como la familia, la escuela o los grupos de padres. Y en las esferas intermedias, la Iglesia, los lugares de trabajo o las propias asociaciones. No hay que olvidar que *las asociaciones actúan como escuelas de democracia*. De ahí la importancia de vertebrar el tejido social en base a ellas. Los efectos formativos de estos colectivos ayudan a solidificar el compromiso tanto con el grupo como con la sociedad.

Al tiempo que un individuo asimila la cultura y aprende a verse y comportarse como miembro de una colectividad, y dentro de ella de grupos selectivos, incorpora también los valores sociopolíticos fundamentales de su entorno, desarrolla vínculos de identificación con los símbolos políticos, adquiere un determinado nivel de comprensión de los significados políticos y se hace consciente de su pertenencia a una historia, a un pasado colectivo y a unas tradiciones y costumbres.

Hoy podemos decir que vivimos en realidades plurales y complejas, en realidades fragmentadas, no uniformes, cambiantes. Y en ellas es en las que debemos analizar la formación de comportamientos y actitudes políticas. Y debemos constatar que el período de aprendizaje se ha dilatado. En el recorrido vital de una persona diferentes instituciones han sido actores de su socialización, pero también nos encontramos con experiencias personales, contextos sociales inmediatos o redes sociales que pueden haber actuado como ámbitos de concienciación social o política que han creado el marco de oportunidad, el contexto idóneo para su movilización o su acción social concreta. Toda esta variedad de actores intervienen en el proceso de socialización del individuo en cuestión, que dura toda su vida.

En un momento de crisis profunda de los agentes de socialización podemos preguntarnos si existe hoy una socialización tendente a la formación en prácticas de participación política o compromiso cívico. Y por los actores más influyentes en la transmisión de estos valores o habilidades. Con estas preguntas vamos seguidamente a proceder a un análisis de cuáles son en nuestro país las mediaciones existentes, tradicionales o nuevas.

## **1. Instituciones y agentes tradicionales de socialización política**

### *a) La familia, comunidad de aprendizaje*

La familia es el primer núcleo de socialización, que es conocida con el nombre de “socialización primaria”; juega un papel fundamental en la constitución de la identidad y se caracteriza por una fuerte carga afectiva. El niño interioriza las llamadas orientaciones políticas básicas a partir de las cuales se configuran los universos políticos de la vida adulta. Otros los lla-

man *principios estructurantes* que sería algo así como el marco cognitivo matriz en el que encaja la información y formación política adquirida con posterioridad a aquellos años. Aunque el período de aprendizaje es todo el ciclo vital, no podemos negar la existencia de periodos en los que existe mayor permeabilidad y capacidad para interiorizar planteamientos que en otros. El periodo considerado clave para la adquisición de valores y orientaciones políticas es el que transcurre entre los 15-16 y los 22-23 años, periodos que se corresponden con la educación secundaria y, en su caso, con la formación profesional o universitaria.

Debemos fijarnos en las profundas transformaciones que ha sufrido la estructura familiar en España en las últimas décadas. Así, hay que empezar señalando que la familia hoy es valorada por los jóvenes y no tan jóvenes porque proporciona refugio y brinda recursos materiales y afectivos. Deja libertad y autonomía y da seguridad. Se la percibe mayoritariamente como una *institución refugio* más que como institución abierta a la realidad social.

Son muchos los padres y madres que pasan muchas horas del día fuera de casa, trabajando y tienen poco tiempo para estar con sus hijos que acusan esta falta de dedicación y de hacer actividades con ellos, como por ejemplo ver programas de televisión y comentarlos, leer el periódico con ellos... De ahí que hoy vayan ganando terreno los temas relacionados con la conciliación de la vida profesional y familiar. Ello redundaría en una *mala socialización de los hijos*<sup>16</sup>. En este contexto de déficit de presencia en el hogar, la actitud de los padres de dar a los hijos bienes materiales para compensar su ausencia tiene consecuencias nefastas: desarrolla el espíritu consumista en los hijos y puede ser el origen del relajamiento normativo de los padres que, al pasar pocas horas con ellos, no quieren reprenderles y les complacen en todo. A este tipo de familia se la denomina *familia-absentista*, porque dimite de su función socializadora, de la educación en valores, en normas y en límites, esperando que lo haga la escuela o bien otras instituciones. Ésta es la causa fundamental de que haya una juventud hedonista y con aversión al compromiso<sup>17</sup>.

Desde otras posiciones se habla, sin embargo, de la *familia-negociadora*, como paradigma de modelo familiar emergente, en la cual las relacio-

**La familia-negociadora no absentista socializa algo mejor que la tradicional**

16 MEIL, G., *Pares i fills a l'Espanya actual*. Obra Social "la Caixa", Barcelona, 2006.

17 DE MIGUEL, A., *Las transformaciones de la vida cotidiana en el umbral del siglo XXI*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 2002. Elzo habla de "familias nominales" para referirse a aquellas familias en las que sus miembros se dedican a coexistir pacíficamente más que a interrelacionarse, y la cataloga también como familia absentista: ELZO, J., *Los adolescentes y sus valores en la sociedad española actual*, Proyecto Hombre 25, 1996.

nes entre sus miembros han igualado y donde la autoridad de los padres proviene del diálogo y la razonabilidad. En este tipo de familias, la jerarquía entre generaciones se ha diluido y se ha transferido autonomía a los hijos que reivindican situar sus opiniones al mismo nivel que las de sus progenitores y discuten las normas que no tienen una legitimidad o no les parecen justas ni razonables. La asunción de la norma deriva de estrategias de negociación entre los miembros de la familia y del poder de convicción de los argumentos. Las relaciones entre padres e hijos se transforman en relaciones de confianza más que en relaciones de poder y sumisión. Ello comporta una *democratización de la familia*. Para algunos autores este tipo de familia es el que está mejor preparado para una sociedad democrática y plural y socializa más adecuadamente a los hijos, imbuyéndolos de habilidades participativas, ánimo de consenso y de tolerancia y pluralismo y respeto por las opiniones del otro<sup>18</sup>. Conlleva, sin embargo, una normatividad débil, por el hecho de estar siempre negociando padres e hijos.

Siempre que no sean familias dimisionarias o absentistas, la familia socializa, aunque con una menor intensidad por falta de tiempo, pero también por falta de la fuerza que le daría disponer de un sistema congruente de valores de los cuales estuviese convencida. Hay que hacer notar que paralelamente la influencia de otras instancias socializadoras es cada vez mayor y penetra en el hogar: la TV y el grupo de iguales (amigos) tienen una gran influencia. Por tanto hoy en día el rol socializador de la familia no es tan poderoso como para determinar la orientación en valores de sus miembros.

Las actitudes absentistas de los padres provocan graves problemas de socialización familiar que se acaban traduciendo en déficit de determinados valores, como la falta de respeto al otro. La falta de respeto a la autoridad, la tolerancia a todo lo que hace el hijo, acaba por crear tiranos que no saben de renuncias ni toleran nada que se oponga a satisfacer de inmediato sus deseos. La *familia-negociadora*, en cambio, encaja con una sociedad democrática y participativa. Negocia para marcar normas y límites y para establecer los valores que la configuran. Se sacude la rigidez asfixiante de la familia tradicional en la función normativa, y precisamente por su flexibilidad negociadora es la más integradora y la que dispensa un trato más equitativo sus miembros, de modo que suscita una adhesión más sólida a las normas y valores que emana, ya que siempre es más sólida y fiable una postura tomada por *convicción* que otra que lo es coactivamente. Si una familia de este tipo tiene el tiempo de disponibilidad necesario para la interacción entre sus miembros, puede desarrollar una vocación ética de proyección con el entorno.

18 GIDDENS, A., (ed), *The New Egalitarianism*, Cambridge: Polito Press, 2005.

### *b) La institución escolar como espacio para la formación de la ciudadanía democrática*

La importancia de la escuela como agente de socialización política y en la formación democrática de los niños y jóvenes está ampliamente reconocida. La institución escolar, en todos sus niveles educativos, es una institución social en la que se aprenden unos conocimientos, se desarrollan unas capacidades, se adquieren unas competencias y se interiorizan actitudes, valores y comportamientos que ayudan a conformar estilos de vida y de presencia en la sociedad. Todo ello, en un sentido amplio, forma parte de lo que podríamos denominar *formación de la ciudadanía democrática* al capacitar a los alumnos para que sean en el futuro ciudadanos comprometidos con los valores y las actitudes y comportamientos democráticos.

A su vez, y precisamente por su trascendencia, la institución escolar pone en primer plano la opción didáctica a potenciar, pero también los criterios que van a regir la organización y la comunicación dentro de la misma, como reflejo de lo que se vive y se pretende transmitir. Porque no hay que olvidar que es necesario pero no suficiente que los niños y jóvenes conozcan la estructura y el funcionamiento del sistema democrático en que viven; es imprescindible su formación en valores democráticos, en cuanto a su forma de entender el mundo, a su forma de ser y a su manera de actuar. Y han de poder ser iniciados en ello en el propio centro.

La formación democrática está absolutamente vinculada al desarrollo personal y al compromiso social. Apunta a la formación integral o global de la persona. Por eso es tan importante una educación centrada en la formación de la personalidad, que ayude a la conformación de ciudadanos responsables y autónomos, con la capacidad de tomar compromisos sociales personales y colectivos que contribuyan a la construcción de una sociedad y un mundo más justo y solidario. Y en el contexto actual, cada vez más multicultural, aparece con fuerza la urgencia de educar en la convicción democrática que entiende la diversidad y el derecho a la diferencia como una riqueza cultural y social, a la vez que rechaza la desigualdad como una fuente de injusticia social. Y la institución escolar puede ser escuela de participación, haciendo lo posible para que los alumnos dejen de ser receptores pasivos y se conviertan en sujetos activos. En este sentido, es necesario facilitarles aquellos instrumentos que les capaciten para intervenir, para participar y para vivir y convivir en un mundo diverso y plural, desde el respeto y la colaboración, pero también desde el compromiso para conseguir una sociedad más libre, más equitativa y más justa. La formación democrática requiere capacitar al escolar para tomar decisiones, para saber elegir, para saber escuchar y para saber opinar de manera responsable, libre y

legítima. Todo ello referido a los problemas reales, próximos o lejanos de la vida cotidiana, a los distintos aspectos de su vida personal, a su propio proceso de aprendizaje, a sus compromisos sociales o políticos, a sus opciones de futuro y a su forma de vivir, de relacionarse o de establecer los vínculos sociales.

La formación política es una parte fundamental e inseparable de la formación democrática, que debe proporcionar los instrumentos necesarios a toda la ciudadanía para ser miembro activo, participativo y comprometido con la sociedad. La formación política debería dar las claves para entender las bases organizativas y el funcionamiento de la sociedad democrática, con sus luces y sus sombras. Asimismo, debería preparar a niños y jóvenes para el compromiso social y la participación política, ayudando a reconocer las organizaciones que impulsan y defienden el reconocimiento y garantía de los derechos humanos. Y tendría que ayudar a que emergiesen aquellas actitudes y aptitudes democráticas como la capacidad de razonar y de argumentar, de cooperar o de deliberar. Asimismo, debería capacitar al alumno para situarse en el complejo mundo globalizado, en el que se han roto las fronteras de la información, de la comunicación y del aprendizaje. Y potenciar actitudes sociales abiertas y críticas, rechazando dogmatismos. Es cada vez más importante y necesario facilitar al estudiante las estructuras y los instrumentos adecuados para convertir el alud de información que recibe en conocimiento y para ello es necesario saber informarse adecuadamente, saber ponerse en el lugar del otro, saber dialogar, saber escuchar para modificar el punto de partida si las razones del otro son fuertes y convincentes, saber expresar y comunicar sus ideas, pensamientos, creencias y opiniones con claridad y coherencia y saber argumentar de forma coherente sus puntos de vista. Todas estas cualidades son necesarias para la buena convivencia y ser capaces de participar en proyectos colectivos.

Ante la evidente trascendencia de educar con este trasfondo ciudadano nos podemos preguntar si la *Educación para la Ciudadanía* como nueva área de conocimientos que introduce la LOE en el sistema escolar tras ser aprobada por el Parlamento el 6 de abril de 2006, puede ayudar a cumplir este encomiable cometido. De todos es conocido el desencuentro propiciado por esta decisión del gobierno socialista y los prejuicios y sospechas de todo tipo que han jalonado el debate político y social sobre el tema, todavía no zanjado. Nos parece que ante una época de orfandad de sentido y de valores éticos, bueno es en principio la actuación complementaria de familia y escuela a la hora de educar en valores ciudadanos. La ayuda de todos es necesaria. Sin embargo todavía es muy pronto para poder eva-

**Es preciso que  
la escuela  
eduque para  
la ciudadanía  
con asignatura  
o sin ella**

luar la importancia de la inclusión de una asignatura como ésta en el currículo escolar<sup>19</sup>.

En relación al tema de la formación en valores democráticos es importante también utilizar metodologías pedagógicas democráticas en vez de autoritarias, que generen una dinámica de aprendizaje en la cual pueda aflorar y desarrollar el alumno en forma adecuada su creatividad a la vez que potenciar su capacidad de empatía con los demás. La institución escolar puede y debería ser un espacio privilegiado, una escuela real para enseñar las buenas prácticas de la ciudadanía democrática.

Sin embargo no podemos dejar de constatar la actual crisis educativa que padecemos: falta de referentes, inseguridad, preocupación y desencuentros con algunos padres, crisis de autoridad o falta de recursos o de instrumentos para educar. Los maestros se quejan cada vez más de las actitudes de desafío a su autoridad por parte de ciertos sectores de su alumnado. Les cuesta imponer su autoridad para ordenar una mínima disciplina en las aulas, ante unos alumnos que han perdido mayoritariamente el valor del esfuerzo, y viven sumidos en un narcisismo hedonista potenciado por la sociedad de consumo.

### *c) Los partidos políticos como cauces de socialización y formación política*

Las actuales democracias son democracias de partidos. Ocupan un lugar fundamental como expresión del pluralismo de la comunidad y también por ser los principales sujetos del proceso político, puesto que se proponen el ejercicio del poder. Tienen un carácter esencial en toda democracia y, aunque no constituyen el monopolio del pluralismo político, sí son su cauce principal en las modernas democracias representativas y, en este sentido, son piezas indispensables para su funcionamiento. Hay que destacar en especial sus funciones de mediación entre la sociedad civil y la política: agentes a la vez del conflicto e instrumentos de su integración, traducen las reivindicaciones en proyectos políticos globales y movilizan a la opinión pública, por lo cual se les puede considerar con propiedad instrumentos de participación.

Nuestra Constitución, en su artículo 6 declara que los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y a la manifestación de la voluntad popular –precisamente por ello se les otorga un lugar central en el proceso electoral–, y son instrumentos fundamentales, aunque

<sup>19</sup> Para un detallado análisis del tema, GARCÍA ROCA, J., *Educación para la ciudadanía*, Cuadernos Cristianismo i Justicia, nº 149, Barcelona, Julio 2007.

no únicos, para la participación política. Ahora bien, nos podemos preguntar si cumplen hoy todas esas funciones, en especial su labor ideológico-educativa y de impulso a la participación política<sup>20</sup>.

En realidad estamos viviendo hoy una *crisis de los partidos políticos*, medios tradicionales de hacer política, que han sufrido un proceso de centralización y burocratización del cual no parece que quieran o puedan salir. Nuestras democracias de partidos son *partitocracias*: los partidos se han convertido en instrumentos destinados a crear consensos alrededor del programa de una élite y han perdido gran parte de sus funciones de socialización política. Por eso, la vida política a menudo no es el reflejo de los conflictos sociales, sino de los conflictos entre las élites dirigentes. Ello trae consigo el distanciamiento de las bases y de las necesidades reales de la población. En consecuencia cada vez hay menos coincidencia entre legitimación popular y legitimación representativa. Los partidos filtran, de hecho, la voluntad ciudadana y contribuyen a ciertas formas de alienación política: las élites piensan por el pueblo.

La pérdida de radicalidad y coherencia ideológica de los partidos a fin de ajustarse al mercado político hace que falten proyectos realmente movilizadores. Paralelamente se aprecia en los partidos políticos una incapacidad creciente para salir de los márgenes de sus posiciones partidistas y para comprender y traducir las exigencias de los ciudadanos. Buen botón de muestra es su dificultad de tener relaciones fluidas con los movimientos sociales.

Las dinámicas internas de los partidos y sus estructuras no favorecen la implicación socio-política y menos a través de este cauce convencional. Tampoco lo hace la crispación política de los diferentes partidos, la falta de diálogo, las descalificaciones, la manipulación informativa por parte de los propios partidos y los medios de comunicación, puestos muchas veces a su servicio. Ciertamente es difícil que los partidos puedan cumplir sus funciones de socialización política de los ciudadanos.

En cuanto a la formación política propiamente dicha que se transmite en el seno de los partidos y desde ellos podemos decir, en general, que prolonga *modos obsoletos*, nada atractivos para las nuevas generaciones, y faltos de análisis riguroso de las causas de los problemas sociales en que se encuentran nuestras democracias. En las formaciones políticas se acentúa el elitismo, la tecnocracia y el corporativismo, confundiendo en

<sup>20</sup> Históricamente fue muy importante la labor ideológico-educativa realizada por determinados partidos de masas portadores de culturas políticas específicas que divulgaban contando con una red auxiliar (ateneos, prensa, casas del pueblo).

general la formación con un mero *encuadramiento*. Ello hace que la clase política adolezca de posicionamientos críticos y de capacidad de autocrítica. En este sentido, urge una lectura crítica del aparato socializador que las instituciones políticas usan tanto para la formación sociopolítica de la ciudadanía en general como para la formación de sus propias bases. Asimismo deberían proceder a una democratización a fondo de sus estructuras si quieren ser significativos para la ciudadanía.

### c) *Religión e implicación político-social*

La Religión, antaño con poderosa presencia en la sociedad española, socializaba fuertemente a través de la Iglesia. El proceso de secularización producido en nuestra sociedad a partir, sobre todo, de la transición a la democracia se ha dejado sentir con creces y tiene también sus repercusiones en el ámbito de la política y lo público. Si hemos podido hablar de las perversiones que supuso el *nacionalcatolicismo* durante el franquismo, no es menos cierto que el proceso de transición a la democracia debe mucho a la actuación de ciertos sectores de *iglesia de base*, tras los nuevos aires que supuso el Concilio Vaticano II, e incluso a ciertas personas de la propia jerarquía<sup>21</sup>.

Sectores militantes en el ámbito político y sindical se nutrieron y surgieron de movimientos de iglesia y aún hoy podemos hablar de los movimientos obreros cristianos como HOAC, JOC, ACO, MIJAC o de lucha a favor de los Derechos Humanos como ACAT o la entidad Justicia y Paz, constituida en España en 1968 por la Conferencia Episcopal Española, que tiene por misión la defensa y promoción de los derechos humanos y de los pueblos, la justicia, la paz, la solidaridad y la igualdad de todas las personas, y que está llevando a cabo su labor de forma encomiable, no exenta en ciertos momentos de tensiones con la jerarquía.

Dicho esto hemos de constatar que hoy la religiosidad de los españoles está a la baja, lo cual no quiere decir que no haya una cierta emergencia de la dimensión religiosa y espiritual de las personas. Para ser más exactos, en paralelo al hundimiento de la *religiosidad institucional*, venimos asistiendo, en el marco de un fuerte proceso de secularización, al auge de prácticas y rituales diversos que confieren un sentido espiritual. Nos encontramos en una época de adaptabilidad y de *religión a la carta* o de *retazos*

21 Piénsese, por ejemplo en el importante papel jugado por el cardenal Vicente Enrique Tarancón, Presidente de la Conferencia Episcopal Española que jugó un importante papel en la transición y mantuvo contactos con todos los sectores sociales y partidos políticos, cuando aún estaban en la clandestinidad.

*de espiritualidad a la carta*, muy acorde con la manera de ser postmoderna, según cuáles sean las necesidades de cada uno como sujeto consumidor. Y eso vivido como ejercicio de una libertad que no se percibe como condicionada, aunque lo está desde distintos frentes. En general, estas nuevas formas de espiritualidad tienen mucho de satisfacción hedonística y de superficialidad y se hallan en las antípodas de una experiencia de veras espiritual que abre a la realidad y a las necesidades del otro.

No es de extrañar que la religión institucional tenga poco a hacer si quiere competir con este tipo de espiritualidades que privatizan de tal forma la experiencia religiosa que refuerzan el narcisismo personal a la vez que debilitan los vínculos del sujeto con la sociedad. De esta suerte, lo que podría ser un bien desde la libertad personal y en aras a una fe más personalizada –la pérdida de sujeción doctrinaria a las religiones institucionales y a sus dogmas– deviene en muchas ocasiones superficialidad vacía, perdidos los valores sociales y de compromiso con la realidad, sin lo cual la fe religiosa deviene alienada y alienante.

Y sin embargo, hoy vivimos “una oportunidad histórica para profundizar el papel emancipador de las religiones en la construcción de los derechos humanos, como nuevo nombre de la dignidad humana” nos dice García Roca, quien prosigue: “La maduración de las convicciones religiosas en nuestro tiempo se despliega en ciudadanía activa. Más aún, la ciudadanía que caracteriza hoy el espacio público de la modernidad es la confluencia de sabidurías, tradiciones, concepciones diversas de la vida en la cual creyentes y no creyentes se pueden encontrar y reconocerse”<sup>22</sup>. Y es que las sabidurías religiosas mundiales forman parte del trasfondo o patrimonio cultural de la sociedad, gracias al cual se legitima socialmente la dignidad de la persona, los derechos que le son inherentes y la propia aparición del concepto de ciudadanía. Por eso sería un error prescindir de ellas en aras de un mal entendido laicismo beligerante contra el hecho religioso. Jóvenes y no tan jóvenes necesitamos de estas tradiciones para ayudar a generar horizontes globales de sentido y para fortalecer valores y motivaciones acerca del por qué y el para qué de nuestra responsabilidad. Necesitamos que nos ayuden, en definitiva, a experimentar al otro sin condiciones ni presupuestos, desde la fraternidad. Ahí está el valor “político” de todas las tradiciones religiosas, y muy en concreto de la experiencia cristiana. La democracia necesita estos aliados morales.

**La democracia necesita hoy religiones que aporten valor “político” de la fraternidad**

22 GARCÍA ROCA, Joaquín, *op. cit.* pp. 15-16.

## 2. Nuevas formas de socialización y participación políticas

### a) *Las ONG's y Los Movimientos Sociales como vehículos de acción ciudadana*

Fenómenos típicos de este momento histórico son la aparición de nuevos Movimientos Sociales y ONG's. Puede percibirse en ello un replanteamiento de la posición de un sector de ciudadanos y de sus posibilidades de participación en un gran número de áreas de la vida social y política. Nos encontramos aquí con el enorme potencial politizador y formador que existe en las dinámicas del *tercer sector* y que ayudan a hacer emerger un *nuevo paradigma de formación sociopolítica*.

Así la afiliación a los partidos ha disminuido claramente a partir de los 80. En general podemos decir que los ciudadanos parecen implicarse un poco más en el mundo asociativo que hace dos décadas, en el ámbito de las organizaciones de defensa de los Derechos Humanos y de ayuda al desarrollo. Ello está relacionado con la popularidad y la creación de todo tipo de ONG's, un fenómeno común a la mayoría de países occidentales, aunque todavía estamos lejos de ponernos a su nivel. Así, la función educativa que antaño cumplían los partidos se realiza ahora en ámbitos como los nuevos Movimientos Sociales o asociativos, las escuelas de formación socio-política, la participación en voluntariados, etcétera<sup>23</sup>.

Los nuevos Movimientos Sociales y las Organizaciones No Gubernamentales y otro tipo de asociaciones, en su accionar concreto impulsan, validan y legitiman valores, derechos y formas de ser ciudadano. Y *ayudan a definir un nuevo tipo de ciudadanía* siempre que no se centren sólo en la crítica, la queja constante o la búsqueda de soluciones inmediatas concretas a un problema específico. Por eso es tan importante poder vislumbrar el tipo de ciudadanía que proponen: una basada sólo en el ciudadano como portador de derechos, u otra en donde el ciudadano tenga un papel activo y crítico y una acción política que vaya más allá del voto y de la defensa de derechos individuales. En este segundo sentido se perfila un modelo de ciudadanía como partícipe activo de la *cosa pública*, agente de una práctica política entendida como hábito propio de quien es miembro de la comunidad y debate acerca del bien común y la defensa de derechos

<sup>23</sup> Sin embargo, en lo que respecta al tipo de asociaciones a las que se asocian los jóvenes, deberíamos preguntarnos en qué medida posibilitan la movilización política. Parece que sólo algunas fomentan una participación adulta e inciden significativamente en la participación política posterior. Además, no todos los voluntariados son altruistas desinteresados. Hay un perfil individualista instrumental o profesional que busca en el una manera de hacer currículo antes de entrar en el mercado laboral.

desvirtuados en el mundo globalizado. Y es en ese sentido cómo pueden actuar como contrapoder y ayudar a resituar las acciones de gobierno a la vez que impulsan una *sociedad civil mundial*, tan necesaria en un mundo globalizado y con retos y problemas que trascienden la capacidad de acción de los propios estados.

Por lo que respecta a nuestro país, es todavía pronto para poder percibir el calado de estas transformaciones pero se atisba ya el paso hacia esta nueva visión de la ciudadanía sobre todo en ONG's que han entrado a formar parte de organizaciones transnacionales que apuestan decididamente por la vía política a la hora de trabajar para el desarrollo, presionar a determinados gobiernos y reclamar el respeto a los Derechos Humanos, situándose claramente al lado de los más desfavorecidos desde esta forma activa de participación ciudadana que ayuda a configurar, poco a poco, un mundo más justo y habitable. Piénsese, por ejemplo, en campañas que realiza Intermón-Oxfam, Médicos sin Fronteras, la ya veterana Amnistía Internacional, etcétera).

Es en este ámbito dónde también cobra fuerza la creación de *instituciones virtuales*, donde los usuarios de Internet tienen la posibilidad de informarse y participar a través de dos instancias: una física o presencial y otra virtual que constituye o puede constituir otra forma de realidad complementaria de la anterior. La virtualidad posibilita la participación telemática en las ONG's. En esta instancia se pone de manifiesto una educación no formal del ciudadano mediante la cual el sitio *web* adquiere preponderancia como instrumento ideológico de las ONG's. Se transmiten ideas de ciudadanía y de participación que pueden expandir simbólicamente la participación del ciudadano en la cosa pública, siempre, recordemos, que el tipo de ciudadanía al que apunten estos colectivos construya al ciudadano no sólo como defensor de derechos individuales, sino como sujeto miembro de una comunidad política en la que puede participar.

En este sentido puede ser interesante analizar el contenido de los sitios *web* de ONG's para ver los tipos de aprendizajes que promueven acerca de la ciudadanía. Y poder establecer, así, en qué medida las instancias virtuales son sólo meramente informativas y propagandísticas o espacios de reflexión, interacción y participación, que promueven una reflexión acerca de lo público y definen el campo de acción del ciudadano en la cosa pública y, por tanto, ayudan a impulsar una *ciudadanía sustantiva* entendida como práctica política en la que el ciudadano debe ser partícipe junto a su comunidad del debate acerca de la cosa pública. Asimismo es del mayor interés analizar el modelo de participación subyacente y los tipos de interacción que permiten a los sujetos que visitan sus sitios. Puede ser un buen instrumento para acercar especialmente a los jóvenes a la práctica política y al compromiso solidario.

Es bueno recordar que los estudios sobre aprendizaje político otorgan mucha importancia a las *experiencias vitales*. La dimensión vivencial añade intensidad y asegura un mayor éxito al proceso formativo. Por eso es tan importante la actividad participativa: genera aprendizaje y socializa políticamente más que, por ejemplo, determinada formación planificada y programada desde los poderes públicos a través de instituciones como la escuela.

Las asociaciones voluntarias (culturales, deportivas, recreativas, religiosas...) operan como agentes de socialización política de tres maneras diferentes: a) Son fuentes emisoras de mensajes, informaciones y evaluaciones referidos a la vida política. Estos mensajes, por la conciencia del "nosotros" grupal que tales asociaciones desarrollan, tienen una repercusión especial sobre sus miembros; b) Son estructuras o contextos de inserción de los grupos primarios, por lo que ejercen funciones de intermediación de significado fuertemente político entre los grupos y la sociedad en su conjunto; c) Son promotores de actividades formativas, de educación y difusión, que directa o indirectamente influyen en la orientación política de sus adherentes, simpatizantes y público en general.

### ***b) Los medios de comunicación y la socialización política***

Por último hay que hacer referencia al papel que desempeñan respecto de la socialización política los medios de comunicación social, diarios, revistas, radios y muy especialmente la TV, que por sus características técnicas (audiovisuales, intelectivas, afectivas y emocionales) parece resumir todos los rasgos de estos medios, facilitando una concentración focalizada de la atención. Los *medios de comunicación social* son para la mayoría de la población, la fuente principal o única de información y de interpretación de los hechos de la vida política, tanto nacional como internacional. Son muy pocos los que acceden a una información de otro origen: libros científicos, contactos directos, viajes...

Los medios tienden a presentarse como portadores de mensajes objetivos, expresión o reflejo de la realidad, o de opiniones con fundamento plenamente racional y científico y, por tanto, altamente creíbles. En realidad, en la mayor parte de su producción, los medios son fuente de opiniones y juicios que son expresión de actitudes personales, ideologías, intereses sectoriales, económicos o de otro tipo, fuerzas políticas, etcétera. Esta parcialidad está presente desde la selección de la noticia, su encuadramiento y tratamiento, los aspectos que se enfatizan o se callan, su enunciado en indicativo o en potencial, etcétera. Ahora bien, pese a las limitaciones y parcialidades señaladas está perfectamente comprobado que *sin libertad*

*de prensa no hay sociedades democráticas y pluralistas. Así, los abusos de la libertad de prensa no pueden ser corregidos con su limitación o reglamentación. La vía está en capacitar a la población en el saber "leer" críticamente la información que recibe, haciéndole consciente de cómo puede ser manipulada y de su derecho a exigir veracidad en la información, claridad e información no partidista.*

Es evidente la importante incidencia de los medios en la socialización y formación política de los ciudadanos, pero mucho nos tememos que la forma de socializar que generan ayude en demasía a formar una ciudadanía responsable y a un ciudadano implicado en la cosa pública, sino más bien todo lo contrario. No ayudan tampoco a *revitalizar la política* ni a formar una masa crítica. Más bien se utilizan como entretenimiento evasivo que deforma muchas veces la realidad o la banaliza. Especial gravedad la tenemos en nuestro país en la utilización de los medios públicos de forma poco objetiva y desinformante cuando de la política se trata.

En relación a la participación, bueno sería explorar a fondo las posibilidades que abren al respecto las *nuevas tecnologías de la información y la comunicación* (hoy ya se está hablando de *democracia electrónica* y de *cratoespacio*). En este sentido, especial referencia merece que hagamos a *Internet* que representa uno de los ámbitos más interesantes de experimentación en la creación de nuevas formas y redes de ciudadanía. A través del uso interactivo de la información, se crean vínculos colectivos de interrelación que ya no están basadas en las pertenencias sociales a una comunidad territorial sino en el interés y preocupación por una serie de temas, que son los que definen los contornos de un nuevo tipo de comunidad cívica<sup>24</sup>, basada en la libertad radical de pertenencia, con una lógica de funcionamiento horizontal y relacional, contrariamente a lo que ocurre en los ámbitos políticos institucionalizados. Estas redes cívicas han destacado en algunos países por ser un buen instrumento de participación democrática, especialmente en el ámbito local. Habrá que estar atento a ellas y a su desarrollo en España, todavía muy incipiente.

Por otra parte, especial seguimiento deberemos hacer de la modalidad de *comunicación personalizada* entre políticos y ciudadanos con la utilización de las nuevas tecnologías (webs, bloggs...), de muy reciente puesta en práctica. Todavía no ha transcurrido tiempo suficiente para hacer una valoración al respecto, pero qué duda cabe de que influirán en conferir nuevos acentos a la actividad pública. Pero hay que reconocer que no deja de ser

24 TAMBIANI, D., "The Civic Networking Movement: The Internet as a New Democratic Public Space?" en Crouch, C.; Eder, K. y Tambiani, D. (eds.), *Citizenship, markets and the state*, Oxford University Press, Oxford 2000, pp. 238-260.

un procedimiento que encaja muy bien con el proceso de individualización pero no está tan claro que ayude a fortalecer los lazos colectivos.

### III. A MODO DE CONCLUSIÓN

La vida cívica de las democracias avanzadas –también de la nuestra– exige, de manera cada vez más evidente, una nueva configuración en la que el individuo, bien sea entendido en términos individualistas, bien lo sea en su condición de miembro de una determinada colectividad, esté más presente, desarrolle actividades en entornos colectivos y mantenga interacciones con las instituciones. En otras palabras, urge un modelo más activo de ciudadanía capaz de asumir el reto de llenar de contenido la democracia, profundizándola en un sentido participativo.

Pero además de ejercitar un pluralismo implicado, que ayude a recuperar el carácter propio del ser humano como ser social y contemple el *bien común* como bien de la comunidad, del cual somos todos *corresponsables*, el ciudadano de nuestros días debería ayudar a construir un modelo de democracia capaz de ser operativo en relación a un paradigma que no sólo es pluralista ideológicamente, sino también culturalmente. Un nuevo paradigma que pusiese la libertad al servicio de la inclusión social y la igualdad al servicio de la diferencia cultural, en una *democracia de la diversidad*.

Para ello es indispensable no abdicar de los valores comunitarios, sociales y colectivos, pero al mismo tiempo preservar los valores *emancipatorios* del proceso de individualización y autorrealización. Las dos facetas han de ser vistas como complementarias y posibles si se sabe articular una nueva realidad social desde donde conciliar los valores sociales y los valores individuales. Es necesario corregir los excesos del individualismo y apostar por una libertad que asuma la responsabilidad. Y por la reconstrucción de un sujeto político a partir de los dos polos, individuo y comunidad, haciendo evidente que el ser humano es por naturaleza un ser social, cuya identidad se construye en relación a los demás. Debemos avanzar hacia *una cultura cívica capaz de expresarse políticamente*.

Finalmente, ante la no valoración de lo institucional y la contestación de la autoridad, actitudes que van ganando terreno en nuestra sociedad, hay que recordar que el peligro está en ver sólo la institución como freno a la autonomía personal y olvidarse de la otra vertiente: aquella que posibilita la apuesta por la libertad y con ello la convivencia. Y es que el individuo se hace libre cuando vive en instituciones autónomas, no cuando se aísla. *La libertad se afirma implicándose en la comunidad*.